

Enero 17. Se subió la mitad del tren á la última cumbre de Las Tinajas.

Enero 18. La parte del tren que había subido la última cumbre se trasladó al rancho del Muerto, á una legua de Victoria. El resto del tren y el campamento se subieron á la cumbre, donde pernoctamos.

Enero 19. Descendimos de la sierra con algunos contratiempos de vuelcos y roturas. Se reunió todo el material en el rancho del Muerto, donde descansó la gente y comió, y á la oración de la noche entramos á Ciudad Victoria.

Del personal que saqué de San Luis Potosí, sólo me quedaban dos Oficiales y cinco trenistas.

El ganado estaba disminuido y aniquilado.

El material, desde antes deteriorado, había sufrido mucho y necesitaba urgentes reparaciones. La marcha de Tula á Victoria había durado *veinticuatro días* para vencer solamente *cuarenta y seis leguas*, si bien la mayor parte del camino es de sierra.

Al mismo tiempo que el convoy entraba á Victoria, por el otro extremo de la población llegaba la sección de tropas del General C. Guadalupe García, que se retiraba de las inmediaciones de Tampico, donde había tenido muchas bajas.

Durante nuestra permanencia en Victoria, se procedió á trasladar las municiones que habían quedado en Jau-mave, y otro gran depósito de granadas de á 68, cargadas, que existía en la hacienda de los Hernández, cerca de aquel pueblo. Esta operación se hacía lentamente, porque no habiendo suficientes bestias de carga, era necesario aprovechar la ocasión en que fueran á Victoria algunos arrieros de vacío. En esta ciudad había un gran material de guerra del que se sacó de Tampico cuando se desartilló aquella plaza. Entre otras piezas de artillería, había tres bomberos de á 68 y ocho cañones de á 24 de plaza.

Todo esto yacía por el suelo, y los montajes se hallaban esparcidos en distintos puntos del Estado.

El General García, á quien me presenté, me impartió algunos auxilios y consiguió que el Jefe Político proporcionara un potrero para el ganado, pues no era posible mantenerlo en la ciudad, estando tan cara y escasa la pastura, y el maíz á más de veinte pesos la carga. Pero aquellas mulas tan maltratadas, que después de tantas fatigas necesitaban cuidado y buen alimento, se acabaron de extenuar en el campo, y algunas murieron.

Pocos días después de mi llegada á Victoria recibí una comunicación de D. Juan N. Cortina, *ordenándome que inmediatamente* me pusiera en marcha con el convoy para Matamoros. Aquel señor se acababa de pronunciar, (*por segunda vez en poco más de dos meses*) declarándose Gobernador del Estado. Aunque la primera vez lo había perdonado el Supremo Gobierno y *ascendílo á Coronel*, y acaso volvería á perdonarlo, no me creí obligado á obedecer una orden emanada de un pronunciado, que ni sin este carácter podía darme órdenes, puesto que yo dependía de la Federación y no del Estado de Tamaulipas, y como Jefe militar no era mi superior, puesto que yo era más antiguo.

Por todas estas razones, pero obedeciendo con lo que desgraciadamente pasa en nuestra pobre patria, contesté al señor Cortina que aunque lo deseara, no me era posible ponerme en marcha, por hallarme á las inmediatas órdenes del Ministerio de la Guerra. Al mismo tiempo me dirigí al Gobierno, dándole parte de la llegada del convoy, felizmente, á Victoria y de las pretensiones de Cortina. El Gobierno me contestó de enterado respecto del primer punto y *nada* respecto al segundo. Pocos días después, Cortina *era reconocido como Gobernador de Tamaulipas por el Gobierno Federal*, y más adelante se le mandó la faja de *General de brigada* (1). Yo,

(1) Una tarde del mes de Junio de 1864, se recibió en Matamoros la fatal noticia de la completa derrota en Matehuala, de la división que mandaba el General D. Manuel Doblado. En la noche una salva de 21 cañonazos, repique de campanas, dianas, cohetes etc., y refresco é iluminaciones en la casa del Gobierno, sorprendieron á la población, que

por mi parte, recibí otra nota muy apremiante del nuevo Gobernador, previniéndome que *inmediatamente, sin excusa ni pretexto, y bajo mi más estrecha responsabilidad*, me pusiera en marcha para Matamoros, con todo el material de guerra que tenía á mis órdenes. Héteme aquí amenazado por un hombre ignorante hasta de las fórmulas más sencillas, suspicaz y déspota, expuesto á sus rencores y sin el amparo del Gobierno Federal, que se había despojado del poder para que los audaces se lo repartieran, sacrificando así á sus leales servidores. Una negativa categórica por mi parte me hubiese traído funestas consecuencias. Por otra parte, condescender sin tener en cuenta para nada al Gobierno, de quien dependía, si bien no me traería ningún mal, mi pudor se rebelaba á tal debilidad, tanto por el decoro del Gobierno como por el mío propio.

Con el objeto de ganar tiempo, contesté á Cortina que tan luego como me mandara recursos me pondría en marcha.

Mientras tanto, otros acontecimientos se desarrollaban. El Capitán Fisher, que no se conformaba con la situación precaria que atravesábamos y la más amenazadora que se avanzaba, solicitó del General García licencia para marchar á Matamoros. Aquel señor General, sin contar para nada conmigo, y sin facultad ninguna, tuvo á bien concedérsela, auxiliándolo con recursos, y el Capitán Fisher y su esposa se pusieron en marcha. Este hecho relajaba la disciplina y ponía al Jefe, en cierto modo, bajo el subalterno. El General García, á cuyas inmediatas órdenes no estaba Fisher, carecía de facultad para permitir á un Oficial del ejército federal que se separase de su cuerpo, é invadía las atribuciones del Supremo Gobierno. ¡Fatales consecuencias del desorden

creía que alguna grande victoria había compensado el revés de Mathuala. Todo el mundo salía á la calle á inquirir noticias, pero lo único que sabía era que *se celebraba el ascenso del General Cortina*. El Ejército de los Estados Unidos presenciaba estos escándalos, del otro lado del Río Bravo.

¡Qué vergüenza!

convertido en sistema! Pocos días después, el mismo General García sería á su vez víctima de semejante estado de cosas.

Una noche se oyeron tiros y gritos en el cuartel, pronto el desorden se comunicó á las calles, y todo el mundo temía por la suerte que le cabría en aquel lance. Era simplemente que la fuerza se había pronunciado contra su General. ¡En pocas semanas se había pronunciado tres veces aquella tropa! El General García y algunos adictos á su persona, escaparon á pié por el monte, y habiendo conseguido caballos en un rancho, pudieron salvarse y llegar á Brownsville. Las dianas anunciaron que todo estaba concluido. El Coronel Cerda y el Teniente Coronel C. Pedro Méndez, estaban á la cabeza de las tropas. Conmigo no se mezclaron para nada.

Al día siguiente hicieron recoger las armas y caballos de los Jefes y Oficiales que juzgaron adictos al General García, é hicieron salir á éstos de la población, en un tiempo perentorio. Después *ascendieron* á varios Sargentos á *Oficiales* y á varios Oficiales á grado superior. Este pronunciamiento fué aprobado también por el Supremo Gobierno, que dió las gracias á *los pronunciados que acababan de salvar el Estado de Tamaulipas*.

Cortina, por su parte, se alarmó y creyó que las tendencias de los que habían hecho aquel movimiento eran de apoderarse del Gobierno del Estado. Desde luego, comenzó á ver de mal ojo á todos los que nos hallábamos en aquella ciudad, y creció su deseo de que la artillería que yo tenía á mis órdenes llegara cuanto antes á Matamoros. En consecuencia, mandó al Capitán Fisher con nuevas y apremiantes órdenes de ponerme en marcha, para lo cual me remitía 500 pesos en oro, facultándome para agenciar más dinero en el comercio, pagadero en Matamoros, y me prevenía que llevase conmigo los obreros de maestranza que había en Victoria y la sección del cuerpo médico.

La maestranza se hallaba reducida á algunos obreros de la compañía de Tampico, que habían quedado des-

pués de la marcha del Sr. Comonfort, quien se llevó algunos, mientras otros habían desertado.

Pero el Coronel Cerda me hizo presente que si á aquellos hombres se les obligaba á ir á Matamoros, desertarían en el camino, *pues no tenían voluntad de ir*, y se perderían sus servicios. Además, que aquella sección de tropas necesitaba sostener una pequeña maestranza para utilizar todo aquel material de guerra que había allí, con el que se podían proveer también otras secciones de tropas. Convencido yo de la exactitud de estos acertos, y que en último caso, como Cerda disponía de la fuerza, se haría siempre lo que él quisiera; y me resolví á marchar sin los obreros. llevando conmigo solamente al maestro mayor de armas C. Lugardo Larios.

De la sección médica también era natural dejar algunos Cirujanos para aquella fuerza, que era la que más prontamente entraría en campaña, por lo que únicamente llevé conmigo al Médico Cirujano C. Manuel Carpio y al Administrador del hospital C. Guadalupe Herrera. A todo este personal tenía yo que darle pagas de marcha, y además proveerme del maíz necesario, al menos para la mitad del camino, donde no se encontraba, y el cual costaba de 20 á 24 pesos carga. De aquí la necesidad de conseguir más recursos para la marcha.

El Capitán Fisher me entregó una comunicación del Teniente Coronel Arocha, que era mandado por Cortina con una fuerza de rifleros para activar la marcha de artillería, pues parece que el Capitán Fisher había significado á Cortina que los de Victoria no permitirían la salida del convoy *y que yo tenía poca voluntad de ir*. El mismo Fisher me manifestó en lo particular que Arocha llevaba órdenes de llegar hasta Victoria, si era necesario, á llevar el convoy de grado ó por fuerza.

Deseando yo evitar una desgracia, procedí con la mayor actividad para expeditar la marcha, tanto más, cuanto que ya tenía orden del Gobierno; pero tenía que luchar y vencer grandes obstáculos.

Necesitaba bagajes para los equipajes de los Oficiales

y para conducir el maíz necesario, pero esto era de todo punto imposible, porque no había absolutamente bestias de carga. En la maestranza había un carro pequeño de cuatro ruedas y dos carretones de la policía de Tampico que se sacaron cuando la evacuación de aquel puerto: todo esto en muy mal estado. Era preciso proveerlos de mulas y atalajes. Las primeras se hallaban muy disminuidas, y los segundos hechos mil pedazos. Sin embargo, se dispuso todo del mejor modo, y me dispuse á salir; pero faltaban trenistas, pues no tenía más que cinco. Los pedí al Ayuntamiento, ofreciendo, por supuesto, que serían pagados religiosamente y reemplazados en el camino. Deposité el sueldo de los días que me habían de acompañar, y esperé. Al tercer día, á las cinco de la tarde, los pude al fin reunir (gente raquítica, inútil é ignorante en el oficio); pero á esas horas resolví salir, persuadido de que si no lo verificaba, al día siguiente me faltaría la mitad de la gente.

Para que se comprendan las dificultades que la tal marcha ofrecía, es necesario dar una idea del estado en que entonces se hallaba la parte de Tamaulipas que tenía que recorrer. Cuatro años de sequía consecutivos habían ocasionado pérdidas inmensas en la propiedad rústica. Evaporada el agua de los estanques, secos los pozos y las norias, el ganado tenía que recorrer grandes distancias para abrevarse, y mucha parte de él sucumbía. Los pastos tostados por el sol abrasador de los trópicos, sin recibir del cielo una sola gota de agua, ocasionaban la muerte á los pobres animales. La mortandad del ganado vacuno y del caballo fué tan grande, que haciendas y rancherías, que contaban por millares sus cabezas, apenas si les quedaban algunas decenas; de suerte que especialmente los caballos, eran en tan corto número, y tan extenuados, que los *correos extraordinarios* preferían caminar á pié que hacerlo en animales tan debilitados, que no podían caminar una legua en dos horas, y repentinamente se echaban para no volverse á levantar. Había contribuido también á tan grande malestar, la cruel guerra que á fines de 61 y principios de 62

se habían hecho los partidarios de Serna y de Guerrero, que se disputaban el mando del Estado.

Pero no solamente se hacían sentir los efectos de la guerra y de la sequía en los ganados. Las siembras se habían interrumpido, y el maíz que se consumía era procedente de los Estados Unidos, importado por el Puerto de Matamoros, y á precios excesivos.

Mucha gente había emigrado á Matamoros, donde había á la sazón un comercio bastante activo, y por consiguiente, trabajo. Desde aquel puerto hasta Ciudad Victoria, el camino presentaba un cuadro de desolación que afligía el espíritu. A la orilla del camino, y principalmente á las inmediaciones de los estanques, emblanquecían el suelo las hosamentas de los miles de animales que habían sucumbido á los rigores de la estación, ú ofrecía un espectáculo repugnante la multitud de sus cadáveres en estado de descomposición, que se veían por todas partes.

Los ranchos y los pueblos parecían deshabitados, á consecuencia de la emigración que se dirigía á la orilla del Río Bravo. Algunos convoyes de mercancías habían quedado detenidos, ya en las rancherías, ya en medio del campo, imposibilitados de seguir adelante por haber perecido el ganado que los conducía. Estos convoyes tardaban un tiempo fabuloso de Matamoros á Ciudad Victoria, cuando solía llegar alguno, y vendían los efectos á precios exorbitantes. Por lo demás, apenas si se encontraba algún viajero en todo el camino, ó algún *correo á pié* ya sólo, ó bien arreando un escuálido caballo.

De todo esto tenía yo noticia, pues me había esforzado en tomar toda clase de informes para prevenirme según las circunstancias.

La opinión general me vaticinaba un viaje fatal. Ya veían las piezas regadas en el camino, las mulas muertas, los trenistas prófugos y á mí esperando en algún rancho que me mandaran recursos de Matamoros, para sacarme del atolladero. En vista de tales pronósticos, hube de tomar mis medidas, de manera de salir airoso. Hice que el Capitán Fisher se adelantase llevando una

circular para todos los pueblos y ranchos que se hallaban en mi derrotero, con el objeto de que hiciesen cortar, y tuviesen listo, del mejor pasto que se encontrase en las cercanías respectivas, en el concepto que todo sería pagado. También le dí instrucciones para que si hallaba maíz en suficiente cantidad en el pueblo de San Fernando, comprase el necesario para seguir el viaje, y de no ser así, continuase hasta Matamoros con el objeto de situarme en las rancherías intermedias lo preciso de aquella semilla para la mantención de las mulas. Esta medida era tanto más apremiante, cuanto que el maíz que yo sacaba de Victoria apenas alcanzaría para llegar á San Fernando.

Arregladas así las cosas, hice recoger las mulas del campo con intención de prepararlas para el viaje. Durante tres días les hice dar un abundante pienso de maíz y pasto, y me dispuse á marchar el 22 de Marzo.

De Victoria á Matamoros.

Marzo 22. Salimos á las cinco de la tarde. La debilidad de las mulas, la inutilidad de los trenistas y el desbarate de los atalajes, fueron causas de una marcha excesivamente penosa. Como no había más Oficiales que el Capitán Thauvin y yo, y la columna se prolongaba mucho por la oscuridad y la irregularidad de la marcha, el trabajo fué incesante. Toda la noche tuvimos que estar bajando del caballo para amarrar correas, desencuarter las mulas ó desatorar los trenes, cosas que aquellas gentes ignorantes no sabían hacer.

A la mitad del camino se rompió el eje de uno de los carretones, y fué necesario recargar su contenido en los otros y dejarlo abandonado.

Cerca de las cuatro de la mañana llegamos á Güemes; pero en llevar las mulas al agua, recoger la pastura que había prevenida y distribuir el pienso, nos sorprendió la luz del día.

Marzo 23. Después que comieron las mulas y la gente descansó un rato y almorzó, di orden de atalajar. En Güemes me proveí de reatas, *cuartas* para los trenistas que no tenían, y compré algunos fustes viejos y casi desnudos que pagué caros, pues algunos trenistas no tenían silla, é iban estirando á pié sus troncos. Recomendé al alcalde que recogiera el carretón que se había quedado en el camino y di orden de marchar.

Sería medio día cuando el convoy salió de Güemes, pero hallamos tantos tropiezos en el camino, que no pudimos llegar á Padilla hasta la madrugada del siguiente día. Ya asomaba la luz, cuando después de llevar á beber la mulada y haber echado el pienso, pudimos descansar un rato.

En vista del cansancio general de la gente y del ganado, creí conveniente que descansáramos aquel día, y di la orden de permanecer en Padilla.

Marzo 24. Llegó el Teniente Coronel Arocha, que venía á tomar noticia sobre la marcha de la artillería, y tuvo una entrevista conmigo. En la tarde visitamos los sitios que se han hecho célebres en aquel pueblo por las catástrofes ocurridas á los Generales Iturbide y Terán.

Marzo 25. No pudimos salir antes de las nueve, á consecuencia de la torpeza de los trenistas para atalajar. Perdimos mucho tiempo en pasar el río de Padilla, y por último, se hizo pedazos el carro de cuatro ruedas, de manera de no tener compostura. Esta ocurrencia nos puso en apuros, pues no podíamos dejar lo que el carro contenía, particularmente el maíz, que era nuestro primer elemento de vida. Se recargó el único carretón que quedaba y se acomodaron, repartiéndolos en los arzones, los sacos del maíz, poniendo las mulas del carro quebrado en los carruajes que resultaban más recargados. Al anoecer llegamos al Marquesote, donde encontramos buena pastura.

Marzo 26. A consecuencia de las desveladas, de las fatigas y de la irritación producida por los piquetes que las garrapatas me habían dado, amanecí con calentura. Dejé el convoy al Capitán Thauvin y me adelanté á Ji-

ménez (Santander) con el objeto de acostarme y hacerme algún remedio.

Allí supe que un Oficial que había pasado conduciendo varias piezas de artillería, había dejado en el pueblo una de ellas, cuyo montaje necesitaba compostura. Como yo traía también una que no podía seguir la marcha, resolví dejarla, cambiándola por la que ya estaba composta, pagando, por supuesto, la cuenta de los gastos que ocasionó su reparación.

Marzo 27. Al Encinal, sin novedad.

Marzo 28. Muy de mañana se me presentó el Capitán Thauvin dándome parte que en la noche anterior se habían fugado varios trenistas, llevándose algunos fustes de los recientemente comprados. Como semejante cosa se había repetido con frecuencia, manifesté al Capitán que yo no podía pasar por tan repetidas pérdidas y que, en consecuencia, él pagaría los fustes perdidos. Aunque se trataba de una pequeñez, el Capitán Thauvin se dejó llevar por la cólera, y me dijo que él no podía evitar lo que estaba pasando, que ya estaba cansado de tanto trabajar, y por lo mismo, desde aquel momento abandonaba el convoy, pues no seguiría con él aunque lo fusilaran. ¡Así hablaba un Capitán del ejército! Tal era el grado de desmoralización á que habíamos llegado. Afortunadamente se hallaba en el rancho una fuerza del Teniente Coronel Arocha, y mandé á Thauvin que se presentase arrestado.

Pasado un rato, vino á suplicarme que no tomara en cuenta sus palabras, dichas en un momento de calor, que lo dejara marchar con el convoy.

Yo bien sabía que su falta era muy grave y merecía un buen castigo. Pero, ¿cómo imponérselo? ¿á quién recurrir? El Gobierno no tenía poder ni voluntad para moralizar la fuerza armada, y nada se podía remediar. Le concedí, pues, que continuara la marcha. Este día llegamos á las Chorreras con los trabajos acostumbrados, de reemplazo de trenistas, compostura de guarniciones, etc., etc.

Marzo 29. A San Fernando. En este lugar me esperaba el Capitán Fisher como le había ordenado. Había conseguido el maíz suficiente para concluir la marcha, si bien pagándolo á 24 pesos carga.

Marzo 30. Salió el Capitán Fisher para Matamoros, llevando la orden de prevenir en los ranchos del camino, que tuviesen listas las pasturas para cuando el convoy pasara. Este día y el siguiente se pasaron en hacer algunas reparaciones en el material, comprar algunos fustes que faltaban, y reemplazar á los peones de Jiménez, que no quisieron pasar adelante.

Abril 1º Pernoctamos en el rancho de la Punta.

Abril 2. Al rancho de Santa Teresa.

Abril 3. Al rancho de Quijano.

Abril 4. Al Moquete

Abril 5. A Matamoros.

Una legua antes de llegar á la ciudad, mandó Cortina una fuerza de artilleros al mando de un español que había sido, según decían, cochero del General Prim, para que se recibiese de la artillería, y entrase con ella con toda pompa.

Allí terminó la penosa marcha de aquel material que venía desde las cercanías de Puebla y de México.

Para vencer 80 leguas que hay desde Ciudad Victoria á Matamoros, necesitamos solamente quince días, incluyendo tres de descanso. Marcha muy feliz si se considera las circunstancias en que fué hecha. Del personal que saqué de San Luis Potosí no quedaban más que el *Capitán Thauvin y tres trenistas*. La mitad del ganado había sucumbido; los atalajes estaban absolutamente inservibles y el material bastante maltratado. El Capitán Fisher, que se hallaba en buenas relaciones con Cortina, fué á Monterrey, y consiguió del Supremo Gobierno el ascenso á Teniente Coronel de infantería, y licencia para poder permanecer en los Estados Unidos por el tiempo que quisiera. Se pasó, pues, al lado izquierdo del Río Bravo, sentó plaza en el ejército confederado, y á poco, amenazó cañonear á Matamoros.

Excusado es decir que todos los que por el llamado del Sr. Cortina llegamos de Victoria, fuimos arrinconados pocos días después, y que aquel material de guerra, conducido hasta la frontera á costa de tantos gastos y trabajos, sirvió solamente para que Cortina lo entregara al enemigo, cuando traicionó la causa nacional.

El Capitán Thauvin y yo tuvimos que refugiarnos en el extranjero (1), previa licencia del Gobierno, y desde allí escribo estos apuntes.



(1) Nueva York. 1866.

NOTA

Además, emigraron con nosotros las personas que constan en la siguiente lista:

General de División, D. Benito Quijano.
" D. Felipe B. Berriozábal.
" D. Manuel Doblado.
General de Brigada D. Pedro Ogazón.
Coroneles D. Bernabé L. de la Barra.
" D. José de la L. Toledano.
" D. Francisco Espinosa.
" D. José Rincón.
Teniente Coronel D. Federico F. Millen.
Capitán D. Enrique Chauvin.

DIPUTADOS, EMPLEADOS, ETC., ETC.

F. Zarco, P. Tovar, C. Robert, J. Rivera y Río. Lic. Avila, Lic. Zavala. Godoy, Rivera, Padre Enriquez, A. Navarro, F. Rosas, S. Vicario, F. Ibarra, A. Treviño, A. Bravo, E. Benites, M. Saavedra, J. J. Baz, Venegas, J. A. Zambrano, Corral Santacilia.

Después fueron llegando, en distintas épocas, y permanecieron más ó menos tiempo, los Generales Escobedo, Tapia, A. Rivera; los Coroneles F. Aguirre, J. Licastro, y varios paisanos.

MURIERON EN NUEVA YORK:

General Quijano.
" Doblado.
Un niño del Señor Juárez.
Angel Navarro.
La esposa del General Quijano
